



temas de hoy

Novela

422 g

91 281 palabras



La felicidad da mucha faena

Sandra Hochman

SANDRA HOCHMAN
LA FELICIDAD DA MUCHA FAENA
Traducción de Esther Cruz Santaella

Título original: *Happiness is too much trouble*

© Sandra Hochman, 2017, 1976
Publicado originalmente por Turner Publishing
Por mediación de la Agencia Literaria Carmen Balcells, S.A.
© por la traducción, Esther Cruz, 2021
Edición a cargo de Patricia Escalona

© Editorial Planeta, S. A., 2021
temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición: junio de 2021
ISBN: 978-84-9998-869-6
Depósito legal: B. 7.592-2021
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Egedsa
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

LOS DIÁLOGOS

Por accidente. Así suceden a veces las cosas...

Yo estaba a punto de volver a nacer.

Era horrible. ¿Qué era tan horrible? Eso...

Mi padre no estaba vivo.

Se habría sentido muy orgulloso de mí. O a lo mejor se estaba revolviendo en su tumba. Siempre me vio como a una pequeña pazguata que no llegaría muy lejos. Era porque me gustaba leer. Porque confiaba en la gente. Porque me gustaba componer canciones. Y bailar en una habitación yo sola. Y hacer música con un peine. Quería ser cómica.

«¿Qué clase de profesión es esa para una niña?», me preguntaba. Su mayor miedo era que me estampase de cara.

Y entonces, por accidente, un ordenador me había elegido para ser la jefa de uno de los estudios de cine más grandes del mundo. Me hice ejecutiva por accidente. A las mujeres les pasa eso mucho. Y a los hombres que están locos. Y a la gente confiada. Y eso jode un poco todo el sistema: que en la fiesta aparezca alguien que de entrada ni siquiera quería asistir. Así que ahí estaba yo, la pequeña soñadora, la pequeña Lulu de papá, entrando en un mundo de pérdidas y ganancias y de contratos cinematográficos grandes y pequeños.

Ya era alguien rentable.

—Nunca llegarás muy lejos —me decía mi padre.

—¿Por qué no?

—Porque no eres ambiciosa, Lulu. Porque vas a pecho descubierto. Eres demasiado sensible.

—Voy a pecho descubierto porque no tengo ambiciones —solía responderle.

Discutíamos a menudo. Nos queríamos por ser tan distintos.

—¿Por qué no puedes ser práctica? —me preguntaba muchas veces mi padre. ¿Me preguntaba? Se lamentaba más bien—. Eres una soñadora en un mundo en el que soñar no cuenta.

—¿Y qué es lo que cuenta? —le decía yo.

—Cuenta saber de dinero. Cuenta curtirse. ¿Por qué no puedes curtirte? Cuenta saber manejar un presupuesto. Cuenta saber algo de la vida real. Yo no tuve tu educación. Solo fui ocho años al colegio. Pero me enseñé a pensar. A curtirme. A saber de qué iba el mundo real. ¿No puedes abrir los ojos? Eres demasiado buena. Una cabeza loca.

Me acuerdo de mi padre intentando enseñarme a comprar un coche: revisar las ruedas, revisar el cromado, revisar las lunas, la suspensión, fugas, chasis, ¿funciona el claxon? ¿Funcionan los intermitentes? ¿Está bien firme el volante? ¿Están gastadas las alfombrillas?

—Pero, papá —le decía.

—No me interrumpas...

—Pero, papá, es que yo no quiero un coche. ¿Por qué tengo que saber todas esas cosas si nunca voy a comprarme un coche?

La cuestión era la siguiente: a mi padre le dolía que en realidad yo no quisiera nada de lo que él quería. Yo quería viajar, ser actriz, ser humorista. «Quien no quiere no tiene.» Pero a mí de niña no me interesaban los bastidores ni las transmisiones ni los parachoques, ni torcidos ni derechos. No quería tener nada de su mundo. Quise contárselo. Contarle que al fin había entrado en su mundo. Pero estaba muerto. Bajo la hierba. De todos modos, seguramente no lo

hubiese entendido. Quizá me habría dicho lo que no debía hacer y se habría preocupado de lo que pasaría si fracasaba. Pero ¿cómo fracasar? No había manera de fracasar. Esa era la respuesta. Los documentos estaban archivados en el recuerdo. Todas las presiones de ser niña, de ser mujer, de estar sola, todo eso documentado ahí para el resto de mi vida. Sencillamente, me había topado con el éxito.

Quería, pese a todo, contarle mi secreto a alguna persona cercana. Pensé en mi exesposa. Era mi exesposa con quien de verdad quería ponerme en contacto y compartir la gran noticia, a quien quería contarle todo lo que estaba pasando.

Me pregunté dónde estaría Dumbo. Lo había visto por última vez cuando vino a mi apartamento a frotarme los pies, a enseñarme cómo podía «curarme» usando todos los métodos de la reflexología. Resultaba raro que a esas alturas, tres años después, nuestras vidas hubiesen cambiado tanto. Yo iba a mudarme a una vida nueva en California, una vida nueva por completo, con sus juicios de valor nuevos, su gente nueva, sus nuevos jardines de contactos de los que había que arrancar todo lo improductivo. Nunca antes me había sentido menos agotada, más capaz de cambiar mi vida y vivirla en todos sus absurdos laberintos y sus complejidades gratuitas. Y sin embargo, seguía guardando en las entrañas un viejo agotamiento, el miedo, rechazo incluso, a compartir esa parte asustada que había en mí. Dumbo, mi último amante, mi exesposa como yo lo llamaba, era la última persona con la que había compartido ese viejo yo. Creía haber superado mi obsesión con Dumbo: esa necesidad que había experimentado de verlo, una necesidad de buscarlo que era casi un reflejo automático. Había mitigado mi dolor. Me había arrancado a Dumbo como quien se quita un padrastro. Aquello parecía haberse acabado para siempre. Salvo en aquel momento de triunfo y, sí, de soledad extrema, cuando lo único que podría curarme de la fragilidad del miedo era eso: hablar con Dumbo. Había convertido a Dumbo en un bufón de cuento, había visto en perspectiva todas

sus caídas de culo; lo había despojado de todos los atractivos que tenía para mí. Era casi como si estuviese muerto. Pero necesitaba contárselo. Contárselo a él lo significaba todo. Era casi como si la realidad, que parecía más bien una fantasía, no estuviese ocurriendo, como si no estuviese pasando nada hasta que se lo contase a Dumbo. En aquel momento me parecía que vivir no era nada, que contarle lo era todo, que el hecho en sí no cobraría vida ni significado hasta que lo expresara con palabras. Tenía que ponerme en contacto con él.

Marqué su número. Como era de esperar había cambiado de teléfono. La voz del otro lado me remitió a un número distinto. El teléfono dio tono. De repente miré el reloj que tenía junto a la cama y vi que eran las diez de la noche. Me pregunté si habría salido. Una voz desconocida respondió al teléfono. Una voz agradable de mujer. Era su madre. Así que estaba viviendo con su madre... Dumbo adoraba a su madre y se la había llevado de una ciudad a otra como quien lleva encima una pata de conejo, como si no existiera la buena suerte sin ella. Durante el tiempo que vivimos juntos en Manhattan, la madre había estado trabajando en una fábrica en Canadá, pero venía a menudo a visitar a Dumbo. Recuerdo ir con él en el Cadillac que yo le había regalado a recogerla a la estación de autobuses. Era una mujer frágil con una voz encantadora. Se acordaba de mí. «Dumbo está en Ohio», me dijo orgullosa. Me aconsejó que lo llamase allí y me dio el nombre del Holiday Inn en el que se alojaba. Se lo agradecí. Me serví un whisky antes de volver a levantar el teléfono. Me pregunté qué sentido tenía... Andar llamando por todo el país para intentar dar con un antiguo amante, con mi exesposa. ¿Por qué le iba a importar a Dumbo lo que me hubiese ocurrido? Pero sí: le importaría. Marqué el número y me pusieron con su habitación. Apenas podía soportar la emoción que notaba en el estómago mientras sonaba el teléfono.

—¿Sí? —dijo.

—Dumbo.

Y no fui capaz de decirle nada más.

—Lulu. —Se rio. No parecía sorprendido de oírme—. ¿Cómo va eso?

Era una manera de saludar particularmente detestable, y entonces recordé cuánto la odiaba.

—Hola —le dije. Y lo repetí—: Hola.

Qué feliz me hacía poder decirle hola a Dumbo, con quien tantos años llevaba sin hablar. Le conté lo que estaba pasando y Dumbo me contó lo que le estaba pasando a él. Había montado una cadena de centros de reflexología por todo el país. Había abierto además una cadena de zapaterías que vendían «modificaciones» (término elegante para chanchullos, estoy segura) de los Earth Shoe, una marca nueva de zapatos que tenían el talón más bajo, las puntas de los pies más elevadas y la suela amortiguada.

—Las suelas son distintas —me dijo Dumbo—. Las suelas son el elemento de verdad importante y muchísima gente pasa por alto ese dato tan básico. Me he hecho experto en el zapato natural, el zapato que se funde con el pie entero, el zapato que se acomoda al pie y lo amortigua. Me estoy expandiendo a través del principio del zapato natural y el abecé básico de la reflexología.

—Vaya.

—Ojalá pudiera verte.

De repente me puse cachonda, y todos esos momentos cachondos que había estado apartando y bloqueando regresaron desde el fondo de mi imaginación. Luché contra ellos con todo mi empeño.

—Voy a dirigir el estudio más grande del mundo —le dije.

—¿Y qué tipo de beneficios tendrás? —respondió mi exesposa.

«Ya no soy una aspirante en busca de tu afecto», estuve a punto de responderle, pero ese comentario parecía no venir a cuento.

—Dumbo, en cierto modo me gustaría que estuvieras aquí.

—Pronto nos veremos.

—¿Cuándo?

—En cuanto termine de montar la oficina principal.

Esa era la realidad de la separación. Probablemente no volvíemos a vernos nunca. Y aún no le había contado nada. Fue así como colgué el teléfono sin tener a nadie con quien compartir mi noticia. No me apetecía hablar de talones y suelas. En vez de compartir mi noticia con mi exesposa, iba a meterme en la cama sola, a beberme un whisky con agua, sola, a escuchar un cuarteto de viento de Brahms, sola, a leer un artículo sobre la futura reforma del impuesto sobre las ganancias de capital, a leer un informe sobre paraguas fiscales elaborado por Fundscape, a tomar notas, apagar la luz, masturbarme un poco y despertarme por la mañana y hablar con mi secretaria. Sola, sola.

Mi secretaria tenía el curioso nombre de Itzi. Su nombre original era Mitzi, pero se lo había cambiado al entrar en el negocio del espectáculo. Era una persona de aspecto extraño, muy baja, con unos pechos extremadamente grandes. Parecía esculpida en poliestireno y siempre se quejaba de que, mientras todo el mundo intentaba tener los pechos grandes, su angustia era tratar de reducirse los constantemente. Problemas de mamífero de clase media. Itzi tenía andares de pato y siempre iba vestida de negro para disimular su cuerpo excéntrico, ay, Itzi, si dejaras de intentar ser lo que no eres, aunque yo nunca podría decirle eso. Querida Itzi, siento mucha compasión por ti, por Dumbo, por todas las personas que he conocido. Pero ahora es momento de poner en pausa todas esas sensaciones y aparcar entre las sábanas mis sentimientos y heridas para que duerman toda la noche. Con amor, Lulu. Escribí una nota para mí misma antes de cerrar. «No vuelvas a llamar a Dumbo.»

A veces pienso que no soy capaz de perdonar a la gente. Pero siempre lo hago. Siempre hago... Sueño. Espuma. Earth Shoe. Coche. Mudanza. Cúpula. Garantía. Rendimiento. Ahondar en lo que eres. Era una costumbre. Decir cualquier palabra conocida hasta quedarme dormida.

Perdoné a Dumbo. Y perdoné a mi padre por querer siempre que yo fuese lo que no era, y me perdoné a mí misma por estar

convirtiéndome en lo que siempre fui, un trencito de la imaginación que se negaba a que lo sacaran de los raíles.

Sin duda, aquella era la época más emocionante de mi vida. Lo sabía. Estaba volviendo a nacer. Y mi exesposa, a tomar por saco. ¿Por qué esa necesidad mía de entrar en contacto con nadie? Podía entrar en contacto con mi yo interior y acariciarme el alma.

A la mañana siguiente, el mundo entero tuvo noticias de Lulu Cartwright. Nunca había soñado con despertarme y estar en la portada de todos los periódicos del mundo. Pero esa mañana ocurrió.

Mi asistenta, Emma, me había traído la prensa. Ahí estaba la noticia, en la prensa. En blanco y negro.

—¿Qué va a hacer con nosotros, señora? —quiso saber Emma.

Siempre cubriéndose las espaldas. Emma, la Gestapo de la limpieza, se preguntaba si iban a mandarla a California. La odiaba pero la aceptaba como una necesidad. Un grano en el culo. Emma. Que me leía el correo. Me escuchaba las conversaciones telefónicas. Me anotaba mal todos los mensajes, discretamente. Emma era una ampolla en mi vida. A veces deseaba que la ampolla explotase. O que desapareciera. Pero era una necesidad. Desempeñaba con alegría la tarea de cuidar de mi hijo, David. Lo quería mucho. Lo ayudaba con los deberes. Lo llevaba a clases de deporte. Practicaba boxeo con él. Le regalaba enciclopedias sobre deporte. Disfrutaba de él. Le mantenía la ropa limpia. Le buscaba el palo de hockey cuando David lo perdía. Se acordaba de darle las vitaminas. No lo avergonzaba pareciendo una niñera. Hablaba su idioma de preadolescente. Entendía sus problemas. Y era buena para él. Limpiaba bien. Se negaba a cocinar. Se negaba a ser amable conmigo. Era una auténtica ampolla. Y esa mujer estaba de verdad pensando en qué poder iba a tener en HOLLYWOOD. Una vez oí un chiste que entonces me recordó a Emma. Era un chiste sobre una estrella de cine en una comisaría. El actor, decía el chiste, está en comisaría haciendo cola cuando un desconocido se le acerca y le dice:

—¿Conoce usted a Piper Laurie?

—No.

—¿No conoce a Piper Laurie?

—No.

—¿Seguro que no conoce a Piper Laurie?

—Sí. Seguro, ¿por qué lo pregunta?

—Bueno, porque me he follado a su criada —le dijo el hombre a la estrella de cine.

Y en esos momentos Emma se estaba preguntando si iba a tener un montón de poder por ser mi criada. Después de todo, la mencionaron en *The New York Times* como asistenta cuando saltó la noticia. Emma tenía la esperanza de que se la follara una estrella de cine. Pues que espere sentada.

—¿Emma?

—Sí, señora.

—¿Quieres mudarte a California?

—Ay, sí, señora. Mi familia de Bélgica siempre decía que si me venía a Estados Unidos haría cosas en el cine. He salido muchas veces en televisión con mi sombrero de Pascua, el sombrero más grande del desfile de Pascua. David lleva tres años ya ayudándome a cortar las azucenas. Quiero ir a California. Es bueno para los pulmones, además. El clima, señora, es mejor que el de Nueva York. —Soltó una risita—. ¿Voy a conocer a Cary Grant?

—Es probable.

—¿Y a Rock Hudson? ¿Y a Frank Sinatra? ¿A Sammy Davis, Jr.?

—Vas a conocer a todo el mundo.

—No pienso cocinar. Ni servir tampoco. Haremos... Bueno, a ver... Para Cary Grant sí cocinaría.

—A lo mejor dejas a David por Cary Grant.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque quiero a David. ¿Tendremos una casa grande? No pienso subir escaleras.

—¿A qué te refieres?

—No voy a subir escaleras. Si su mansión de Hollywood tiene escaleras, yo no pienso ir.

—No va a ser una mansión.

—¿Y por qué no?

—Porque pretendo vivir en un hotel.

Me divertí mucho con la decepción de Emma.

Hola, soy yo, Lulu. Una historiadora liliputiense de mí misma. Un ordenador del destino me estuvo observando. Una comisión hizo una chapuza conmigo. Y ahora estoy atrapada en una máquina de vida que es más bien una máquina de bromas.

Se ha instaurado cierto agotamiento. Me refiero a que es una decisión complicada de tomar. Supongo que esto es el caldero lleno de oro que hay al final del arcoíris, pero conviene recordar que quizá el arcoíris esté hecho de aleaciones distintas a los rayos del sol. Aunque sea un cuento infantil, no estoy segura de que la princesa se despertase para convertirse en ejecutiva de un estudio. Se supone que ella lo que quiere es una historia de amor, no de poder. Eso es de un libro infantil que estoy escribiendo, *El emperador Go-daigo*. Va de un emperador que vivió en Japón y al que exiliaron de su corte y obligaron a pensar en las cosas sencillas de la vida. Pero es raro. A mí me está pasando lo contrario. A lo mejor, o a lo mejor no, me exilian de mi vida entre las torres de agua, de mi despacho en el que escribo guiones de comedia, de mis amigos, mi profesor de tenis, mi contable que gestiona mis valores en cartera, mis amigos cineastas, incluso de mi limpiadora, mi carnicero, mi peluquera, mis médicos, de mi amante, mis actividades agitadoras, mis recuerdos infantiles en Riverside Drive, mi amada Asia House donde doy clases de arte japonés, de mis compromisos cívicos en Central Park (soy la encargada de Change Central Park, una comisión que monté para llevar allí la poesía y convertirlo en un aula), de los amigos de mi hijo que van a los partidos de los Knicks conmigo, de los tomates, naranjas y mangos del Venice Market, de las

palomas, doctores, librerías y bancos, y del imperio de mi vida privada. Estoy a punto de decidir si de verdad quiero exiliarme a mí misma de todo esto a cambio de las riquezas puras y duras del imperio cinematográfico que se me ofrecen. Es divertido. Muy divertido. Entonces ¿por qué estoy llorando?

LULU CARTWRIGHT,
NUEVA DIRECTORA DE IMPORTANTE ESTUDIO

Una mañana me desperté y entré en la vida. Una vida nueva. Sonó el teléfono. La primera persona que me llamó fue Martin Loktar, mi amigo más cercano y gerente comercial. Martin tiene una aseguradora que da cobertura a la mayoría de las estrellas y superestrellas del negocio del espectáculo, así como a muchos otros clientes, en su mayoría gente con ingresos importantes. Conocí a Martin cuando me divorcié y tuve que asumir las riendas de mi seguro. Desde entonces, me ha ayudado en todos mis proyectos, y aunque soy titulada en derecho, él sabe más que yo de inversiones y de lo que debo hacer financieramente hablando. Es un ángel alto y de tez morena que vive en la pintoresca aldea de Manhasset con cuatro hijos y una esposa.

—¿Estás de broma? —me preguntó.

Oí su voz al teléfono.

—¿De broma con qué?

—Mary me ha pasado el *Times* esta mañana mientras desayunaba y casi me ahogo con los huevos y el hígado picado. Primera plana: Lulu Cartwright nombrada primera mujer directora de un gran estudio de Hollywood. He leído el artículo y le he dicho a Mary: «Madre mía, Mary, ahora ya no va a tener que preocuparse de que la dejen en números rojos. ¿No te dije que le saldría a cuenta producir *Gajes del oficio* como peli porno?». Acuérdate de cuando me dijiste: «Martin, soy artista de comedia. Soy directora de documentales. No sé nada sobre iluminar inserciones más allá del hecho de que nuestra sociedad patológica parece pornográfica», y

yo te contesté: «Lulu, deja tus opiniones sociales a un lado. Eres capaz de hacer una película sobre la vida y la muerte, sobre relaciones sexuales y fantasías, y que sea un éxito. No te preocupes de ponerle nombre a todo». ¿Tenía razón? ¿Tenía razón o no, criatura? Venga ya. Reconócele el mérito a tu Martin. Piensa en cómo te vas a divertir en California. Dios mío, qué envidia te tengo.

—¿Divertirme? —le pregunté.

Estaba todavía medio dormida.

—Venga ya. Estás de broma. Podrías convertirte en un nuevo Sam Goldy, o en un Selznick pero en tía.

—Lo veo: los Hermanos Cartwright. Puedo hacer una nueva versión de *Bonanza* y que la protagonicen un par de monadas como Paul Newman, Steve McQueen o Warren Beatty. Puedo montar reuniones en mi despacho. Puedo poner patas arriba la Ciudad de los Chupópteros.

—Eso.

—Puedo convertir al león que ruga en un cordero. Puedo cargarme los Óscar y convertir el porno en el nuevo arte. Puedo recorrer la ciudad en una bici sin marchas para demostrar que el poder no corrompe. Puedo sustituir a las mujeres delgadas por mujeres con sobrepeso y así todo el mundo podrá volver a comer aquí. ¿Me estás oyendo, Martin?

—¡Una locura!

Seguí.

—Puedo tirar a la basura toda la porquería de Walt Disney y hacer pelis para niños, pero no sobre conejitos ni elefantes que sufren pérdidas angustiosas, sino sobre la vida real, y puedo conseguir que a las pelis infantiles les ponga música gente que sepa cuánto les gusta la música a los niños. Puedo llevar a los niños por el camino de la ciencia, los satélites y todas las cosas que les interesan de verdad. Puedo hacer películas que hablen sobre lo que de verdad ocurre en la mente de las mujeres, los criminales, los panaderos, los banqueros, ahí está la clave. Puedo cambiar el universo de fantasía de una generación. Puedo tirar a la basura el concepto

de lo multimillonario y demostrar que es posible hacer películas con bajo presupuesto. Puedo... Dios mío, estoy agotada.

—¿Estás de broma?

—No, qué va.

—Entonces ¿por qué las dudas? La prensa lo da por cerrado.

—Por mis nervios. Porque voy a tener detrás a todos los representantes, que no se van ni con agua caliente. Podría organizar un Baile de Representantes en el Beverly Wilshire para que acudieran todos disfrazados de sus clientes favoritos y ni aun así lograría satisfacer su alma de madres. Se me van a pegar como lapas todos los distribuidores de proyectos del mundo. Igual que todos y cada uno de los vendelibros de Estados Unidos, que calculo que serán como el 23 % de la población. Un desastre de vida. Y todo por un puñado de dólares, un dinero que de todas maneras no seré capaz de gastar por los nervios.

—Siempre puedes volver a escribir comedias.

—No, gracias, Martin. Creo que me prepararé bien para el éxito y la época dorada. Por cierto, ¿te has enterado ya de que estoy haciendo el guion de un programa especial basado en el libro infantil que escribí hace diez años?

—¿Cuál?

—*La Convención del Sarampión*. Va sobre unos niños que quieren pillar el sarampión para quedarse en casa y no ir al colegio. Se encuentran con una convención de sarampión en el hotel Commodore, organizada por otros niños, y ese sitio se convierte en su escuela. No sé quién lo va a protagonizar, pero están pensando en (agárrate) Carol Burnett, para hacer de madre del niño mayor.

—A Carol le llevo yo el seguro y créeme, sería perfecta. Pero ¿por qué están hablando de especiales contigo? Tú vas a crear tus propios especiales. Joder, puedes hacer o escribir lo que quieras, cabrona con suerte, y yo seguiré aquí vendiendo seguros.

—Martin, te quiero. Te llamo en otro momento.

—Mejor pásate por mi despacho.

Bart estaba en California cuando la noticia saltó en la prensa. Según él, Hollywood en general, con sus embaucadores, sus máquinas de hacer dinero, sus fraudes, sus máquinas de hacer mucho dinero y sus directivos, era una cosa ridícula. Bartel era una persona extraña en mi vida. Alguien por quien sentía aprecio más que cariño desde hacía tanto tiempo que me costaba distinguir dónde acababa el aprecio y empezaba el cariño. Bartel hacía pan. Estaba metido en el negocio del pan de centeno y había creado el primer comercio de comida rápida con el pan como protagonista; abrió primero un local en San Diego y luego el negocio se extendió bajo el nombre de Barts Enterprises, con oficinas en Nueva York y restaurantes de comida rápida basada en el pan por todo el país. Servía veinticinco tipos de bocadillos preparados con una gran variedad de panes negros y de centeno. Por un dólar te servían el bocadillo acompañado de postre, café y cerveza, y podías sentarte en el restaurante y quedarte todo el tiempo que quisieras; todos eran sitios estéticamente bonitos y cómodos. Bart tenía panaderías en Australia, California y Japón y había implantado su cadena de comida en Francia, Inglaterra, Japón, Indonesia y por toda América del Sur. Bartel, Bart, B. J. (la J era de Jansen; la familia de Bart tenía sus orígenes en Dinamarca y Noruega) había nacido en un rancho grande de Dakota del Norte. No era millonario, llevaba seis años viudo y tenía planeado seguir soltero el resto de su vida. Había adorado a su esposa y adoraba a sus hijos y nietos, y a sus buenos amigos, pero Bart era un solitario y tenía pocas amistades. Con sesenta y dos años, su aspecto era mejor que el de la mayoría de los hombres de cincuenta. Lucía un cuerpo en plena forma física, quitando la barriguita, un cuerpo que había esculpido años atrás siendo boxeador. El pelo blanco le resaltaba una cara dura y arrugada, tenía los ojos un poco rasgados y la cualidad que más destacaba en él era su energía, la energía de un vaquero, la energía de un solitario, esa cualidad de vida que tiene tirón propio.

Nunca recurrí a Bart en busca de consejo y él nunca me pidió a mí ninguno. El motivo por el que lo apreciaba era por haber sido

el primer hombre en tratarme como a una igual. Bart era una persona dura y recia, como yo. Nadie le había quebrado nunca el espíritu, ni tampoco nadie lo había hecho con el mío, aunque muchos embaucadores y chupópteros lo intentaron, pero esa época ya había pasado. Mi época Dumbo (así la llamaba yo) había pasado y Bart lo sabía. Estuve mucho tiempo intentando proteger a Bart de la idea de que lo necesitaba; él lo sabía pero nunca se aprovechó de esa necesidad, esa extraña necesidad de que te quieran, de ser feliz con un amigo. Mi personalidad tendía a ser excesivamente sensible, a veces nada práctica, y también creativa, alocada y espontánea. Bart era justo lo contrario. Permanecía en una calma casi absoluta día y noche. Nunca levantaba ni bajaba la voz, con ese deje lento de Dakota del Norte que tenía. Era tranquilo y pausado, y eso me gustaba. Habíamos hecho el pacto de no vivir nunca juntos, de no casarnos nunca, y eso era lo que más me gustaba. Yo estaba intentando labrarme una vida que mereciese la pena vivirse, para mí y para mi hijo, y Bart nunca se interpuso en ese plan. Y yo intentaba mantenerme fuera de su corazón, tarea fácil: Bart no tenía corazón en lo que concernía a mujeres. O eras su amiga o no lo eras, y punto. Así de fácil. Así de relajado. Amigos. Amigos amantes. Compañeros. Tú me acompañas, yo te acompaño. Madre mía, después de tantos años de «relaciones» y «matrimonio» y «búsqueda de la felicidad»... Bart siempre decía que «la felicidad da mucha faena» y los dos nos reíamos. Cuando volví de California aquella mañana, me llamó. Como casi siempre, me puse como loca al oír su voz lenta y calma.

—¿Lulu? Soy Bart.

—Conozco tu voz.

—Esta mañana en el avión he venido leyendo sobre ti.

—Estoy un poco abrumada.

—Lulu, te veo cargándote la industria entera, dándoles consejos empresariales sobre cómo llevar el estudio. Bueno, siempre te ha gustado dirigir, y ahí tienes todo un universo que dirigir. Te invito a comer algo y lo hablamos.

Se estaba riendo por lo bajo. A la gente acostumbrada a estar al mando le hace gracia cuando otra gente asume el mando. Bart era extraordinario. Me deseaba lo mejor. Y confiaba plenamente en que yo era capaz de todo. Y tenía razón, claro.

Quería a Bart. Y todavía lo quiero. Siempre querré a Bart. Porque es la persona más comedida que conozco y conoceré. Él me permitió pasar por fin de víctima a persona. Puede parecer increíble, pero durante años sufrí una humillación tras otra mientras iba de trepa en trepa diciéndoles quíereme, quíereme, soy buena, follo genial, tengo talento, soy divertida, quíereme, quíereme... Y al final encontré a este bicho raro, a este vaquero arrugado, a este amante equilibrado: Bart. Nos sentamos a una mesa del fondo en un restaurante pequeño del estiloso West Side. En varias ocasiones he dado fiestas allí y casi siempre bajan la música cuando llego. Odio la música de ambiente.

Bart no me preguntó si iba a aceptar el trabajo.

—Yo no soy la Lulu Cartwright que el estudio cree que está contratando —le dije a Bart—. Seguramente piensan que van a contratar a una mujer simbólica, titulada en derecho y productora de una película que consiguió recaudar veintitrés millones de dólares en taquilla combinando porno, kárate y valores artísticos, mezclando identidad sexual y fantasía de mujeres. Yo no soy la loca convertida en escritora de comedia y reconvertida en ejecutiva que podría pensarse que soy, sino una persona al término de su juventud. Estoy tratando de decidir si el poder es una cosa demencial, si es una broma o si es algo que de verdad me interesa.

—Eso no es para ti, Lulu —me respondió Bart.

—No estoy tan segura.

—Mira, esta historia no tiene nada que ver conmigo. Tú tomas tus propias decisiones. Pero eres demasiado creativa para este trabajo. No eres una ejecutiva. Vas a llegar allí con todos los trapicheos que se traen entre manos y te vas a perder.

Se encendió un cigarrillo.

—Seré un nuevo tipo de ejecutiva. De las que lo pone todo patas arriba. Me imagino la cantidad de cosas que podría hacer... Podría meter en nómina a algunas de las personas más creativas del mundo. Podría llevar la poesía al cine. Podría hacer películas sobre la imaginación, sobre los pensamientos, sobre el mundo que está repleto de fantasía.

—A mí eso me suena a un montón de chorradas. ¿Qué te hace pensar que te van a contratar para hacer películas artísticas? ¿Crees que el mensaje les importa? Les importa el dinero. No eres más que un monillo que han comprado para obtener publicidad. Eres como ese muñeco, Charlie McCarthy, apoyado en la rodilla de Edgar Bergen. ¿Y qué? ¿De verdad quieres ser un mono de feria? Cíñete a lo que mejor sabes hacer. Has ganado un millón de dólares con tu película, tú sola. Ganas dinero escribiendo comedia. Y te gusta. Te sale más a cuenta trabajar con comediantes como Lily Tomlin, Joan Rivers y Milton Berle que intentar ser una ejecutiva de un puñetero estudio. Que vas a ser la primera mujer presidenta de un estudio. ¿Y qué? Será otro trabajo simbólico más. Tratarás con un grupo de tíos mucho más inteligentes y duros que tú.

—Siempre podría sacarle partido a otro millón —le dije.

No tenía sentido hablar con Bart en otros términos. Era un tipo duro y entendía de dinero. No tenía sentido decirle que yo quería llevar novelas de Colette al cine, que quería producir *El gran Meaulnes* de Alain Fournier, que quería hacer un tipo de películas infantiles distinto, que yo veía las pelis porno como el nuevo gran arte, que quería conseguir satélites y vender películas por satélites en todo el mundo. No tenía sentido decirle que iba a reventar los sindicatos y a usar a mujeres como camarógrafas, técnicas de sonido, directoras, que las películas que yo iba a hacer reflejarían la vida de la gente que las viese. De pronto me sorprendí diciéndole a Bart:

—Me gusta ganar dinero. Estoy muy cansada de este papel de noble criada negra que se supone que tenemos que representar. Si

podieras ganar un par de dólares más de una manera tan sencilla como esta lo harías.

—¿Yo? —Se echó a reír y le dio otro sorbo al whisky. Me vio reírme a mí también—. Yo solo entiendo de dos cosas: de mujeres y de pan de centeno. He sido vaquero toda la vida. Y he vendido sobre plano. Pero me gusta ceñirme a lo que conozco. Y creo que tú deberías hacer lo mismo.

—¿A qué te refieres?

—A ver, cielo. Nunca te digo lo que debes hacer, pero es que creo que estás haciendo demasiado. Acabas de escribir otra película cómica, cómo era, esa de unas mujeres mafiosas que se hacen con el control de unos satélites y trafican con gente para matarla: el crimen perfecto. Estás escribiendo otra peli porno para el bicentenario de la Independencia. ¿Cómo la ibas a llamar? *Mil setecientos setenta y penes*. La Bantam te ha pedido que escribas un manual cómico sobre sexo titulado *Me gustaría pasar la mañana contigo* o algo así. Además, estás pendiente de tu cartera de valores, juegas con bienes inmuebles, organizas un seminario sobre producción cinematográfica en la Post Business School, estás hasta el culo con el proyecto de dar clases a niños en el parque, estás luchando con la Comisión de Parques por ese proyecto, estás criando a tu hijo, no paras de trabajar. ¿De verdad quieres añadir a tus quebraderos de cabeza la dirección de un estudio? ¿Te das cuenta de que tendrás que abandonar todo lo demás? Y no hablo de mí. Sabes que no necesito a nadie y que no te necesito a ti. Pero es que no puedo verte perder el tiempo haciendo algo que no es tan importante para ti. Eres escritora de comedia. Escribe.

El almuerzo terminó de sopetón. B. J. recibió una llamada urgente y tuvo que regresar a su despacho. Yo volví andando a mi apartamento. No recuerdo ni una sola vez en la que Bart me hubiese dicho: «No hagas esto porque te quiero para mí». Nunca lo había dicho. Y por eso me veía con él.

Llamé a Elizabeth Ludman, mi abogada, llamé a Emma para saber qué estaba haciendo David y llamé a otro par de personas

más, y luego dejé el teléfono descolgado. Decidí ir a ver al doctor Lutzman.

El doctor Lutzman, también conocido como Lutz, dejó a sus otros pacientes en cuanto supo que yo estaba en su consulta. «La fama», pensé. A Lutz le gustaban los pacientes famosos. Le gustaba alardear de haberle curado el asma a Philip Roth y la urticaria a Liz Renay. Hablaba mucho sobre la revolución de las mujeres y sobre cómo eso afectaba a la salud de muchos de sus pacientes. «Para bien —decía—. Voy a escribir un artículo al respecto.»

Vivía encima del negocio, por así decirlo, en un edificio de piedra rojiza de la calle Setenta y tres Este. Su mujer trabajaba en campañas políticas y Lutz estaba orgulloso de ella. Era el único médico que yo conocía capaz de hacerme sentir mejor tan solo hablando. Era inteligente. Y supongo que confiaba en él todo lo que podía confiar en un médico. Me senté en su despacho y me fijé en que parecía más joven cuando sonreía.

—¿Estás buscando que te salga una úlcera? —me preguntó, en clara referencia al artículo del *Times*.

Sé que sonaba raro, pero ya estaba empezando a llamarlo EL ARTÍCULO DEL *TIMES*. De repente, en veinticuatro horas, me había cambiado la vida. La institutriz de mi hijo quería ir a Hollywood a follarse a Warren Beatty y hacerse famosa en Europa. Mi mejor amiga, Helen, lo veía como un horrible compromiso fáustico para mi alma. Mi madre estaba orgullosa. Mi padre estaba muerto, así que no podía tener ninguna opinión, pero como empresario hecho a sí mismo en el modesto Lower East Side que había sido, habría estado encantado. Eso era mejor que casarse con un millonario, porque significaba ser millonaria. Significaba poder. Ahí estaba la hija de Cartwright, Lulu, enmendando su vida de mierda. Mi perro también estaba muerto, mi querido *Chas*, así que no tendría que pasar por la mudanza. Pero lo habría detestado. Odiaba las ciudades nuevas. A mi hijo aún no le había consultado. Mi psicoanalista

estaría regodeándose en algún sitio. Sus sesiones habían convertido a una de las mayores masoquistas del mundo en una famosa ejecutiva de cine. Una vez le dije: «Sabré que estoy curada, doctor Bears, cuando gane un millón de dólares».

Eso ya no era una broma. Iba en serio. Mis compañeras del colegio me odiarían. El ascensorista ya me había pedido un autógrafo. Mi tía Julia iba a venir de Boston en el puente aéreo para asegurarse de que tuviese el fondo de armario adecuado. Iba a traerse nueve pares de medias enteras con la esperanza de que dejara por fin de llevar pantalones y empezara a ponerme vestidos. Mi antiguo decorador de interiores estaba en el séptimo cielo. Pensaba en estanterías y en habitaciones de telas escocesas y de cachemira en los guetos de Beverly Hills. Mis exnovios del mundo del espectáculo estarían todos cortándose las venas, o los cipotes, por no haberse quedado conmigo. Mis exmaridos estarían intentando adivinar mi salario. Mi antiguo ortodoncista estaría diciendo que todo eso había pasado porque yo tenía los dientes derechos. Mi médico de la vejiga, el doctor Grimes, estaría preguntándose si andaba meándome en los pantalones, un hábito nervioso que conservaba desde la infancia. Mi farmacéutico probablemente estuviese sumando en su cabeza cuánto Librium iba a comprarle antes de marcharme a California. Ese hombre había leído *El valle de las muñecas*. Ay, la fama. Ay, el valiente mundo nuevo. Con esa cantidad de idiotas que lo habitan. Estaba luchando... por ganar tiempo. Era complicado decidirse. Era complicado decidir si valía la pena el acto político de aceptar ese trabajo y usar ese poder para incluir a mujeres en el terreno de juego. Obviamente, nadie en su sano juicio querría ir a California a trabajar con esa panda de imbeciles. Me daba risa pensar en todo ese espectáculo de bandera nacional, protagonizado por Lulu Cartwright, en la intimidad más propia de una heladería. El doctor Lutzman parecía estar leyéndome la mente.

—Estás bien hermosa, Lulu, has ganado un montón de peso. Supongo que te has puesto nerviosa con todo el tema. Por lo de-

más, diría que estás bien de salud. Toma algunas pastillas dietéticas y quítate diez kilos antes de meterte en esto. Aparte, yo de ti dormiría de sobra antes de entrar en faena. ¿Cómo va tu vida amorosa?

—Mejor que la suya —le respondí.

Era la única estrategia válida con Lutz.

—¿Sigues usando el diafragma o has vuelto a la píldora?

—Me limito a hacer mamadas.

—Hablo en serio...

—Tengo un diafragma distinto en todas las ciudades famosas del mundo. Además de mis sábanas de satén. Así, cuando viajo...

—No necesito seguir escuchando tus chistes malos —me dijo Lutz, riéndose.

Todo aquello coincidía más o menos con la época en la que había dejado a mi cuerpo ir a menos. Era como si toda la infelicidad de mi vida se hubiese mantenido a raya con disciplina mental. El miedo que los médicos habían infundido en mí a creer que podía triunfar, si así lo quería. Estaba convencida de que podía hacer lo que quisiera con mi vida. Y después de todo, mi vida no era tan mala. Todos los viejos sueños, la gente loca, los malos recuerdos y la familia azotada por la culpa —azotada a caballito, arre—, todo a mis espaldas. El único indicio de tristeza era la carne fofa que me sobresalía de la ropa, los kilos desesperados. Eso siempre fue un problema. El problema de engordar. El problema de esperar. Yo siempre estaba esperando. Como mucha gente. ¿A qué? ¿A qué estaba esperando, por Dios bendito? ¿Cargaba con el peso grueso de esperar a qué? ¿A un roce? ¿A una sensación? Podría presentar un caso sólido en contra de la lorza frente al sentimiento. Supongo que lo que estaba esperando era esto. Este extraño suceso hollywoodiense. Esta coronación de la cabeza confiada. Qué puñetas, Dios mío, si era un accidente. La corona estaba cayendo en la cabeza equivocada. Que así sea.